

# Libertad, capricho o simplemente dócil sumisión

Nada más agradable que rom- per hábitos absurdos o innece- sarios y prácticas arbitrarias, o hacer sencillamente lo que le viene a uno en gana. Esta clase de rebeldía contra la conducta que los demás le imponen es muy loable y digna por lo tanto de estimularse. Pero llega un momento en que la libertad no es ni siquiera capricho o ex- centricidad, sino subordinación abyecta a la moda o a la novele- ría, que son dictadas por el am- biente.

Dicen que en el París de ha- ce sesenta o más años se gozaba de la más amplia libertad de in- dumentaria, por ejemplo, con la ventaja de que no había siquie- ra una mirada de reproche o de impertinente curiosidad. Era la época en que Máximo Gorky frecuentaba los cafés a que con- curría la *intelligentsia*, vestido con la típica blusa rusa, el lac- io e hirsuto cabello largo echa- do hacia atrás y un bigote de cepillo, y cuando Ignacio Zu- loaga, que transitaba por la Rue de la Paix con el mismo traje —capa española y bofina— in- vierno y verano. Nadie se atre- vía siquiera a preguntar quié- nes eran esos extraños persona- jes. A Lutecia nada de lo extra- ño le era extraño.

En cambio una vez un artis- ta peninsular quizo recorrer Broadway con capa española y chambergo, y fue seguido por un numeroso séquito, no sólo de gente menuda sino también de adultos como si fuera una *rara avis*. En vano los motejaba de salvajes: la muchedumbre con- tinuaba su pacífica agresión. El que se atrevía a independizar- se del rigor esclavizante de la moda era castigado por el des- precio. Hubo un tiempo en Nueva York en que si al llegar el 15 de mayo alguien no se encas- quetaba un sombrero de paja italiano o de Bankok y no aban- donaba el de fieltro se exponía a que le arrebataran a la fuer-



Cristián Rodríguez

za su capelo y lo dejaron con la cabeza descubierta en una época en que todo el mundo — melenudos o calvos— andaba con la tesis protegida.

Las cosas han cambiado en la Isla de Hierro y en el resto del país desde entonces. Una serie de personajes extravagantes hi- zo su aparición después de la segunda guerra, empezando por los *soosooters*, que llevaban los pernils del pantalón ajusta- dos a las piernas y una casaca más larga que la chaqueta co- rriente, con largas hileras de bo- tones en las mangas. El público recibió con hostilidad esa moda estrafalaria de los jóvenes, y una vez unos mozalbetes mej- icanos de Los Angeles que adop- taron esa moda fueron vapulea- dos públicamente. El embaja- dor de su país presentó formal protesta ante las autoridades del país. Pocos días después llegaron a Méjico los primeros ejempla- res de *soosooters*, que fueron inmediatamente identificados co- mo pertenecientes al mismo gé- nero de los *pachucos*: el gobier- no mejicano retiró al punto su protesta.

Luego aparecieron los *beatni- cks* que no tenían ninguna indumentaria característica pero que eran resueltamente extravagantes. Aunque algunos llevaban el rostro esmeradamente afeita- do y lucían únicamente un me- chón de barba de chivo en el mentón se caracterizaban sobre todo por su manera de hablar y su extraño vocabulario.

Empezaban por ejemplo to- das las frases con la palabra *man* (hombre) tomado del len- guaje de la gente de color. Por lo demás los *beatnicks* eran sim- plemente rebeldes contra la o- presión de la sociedad en que vi- vían.

Finalmente hizo su adveni- miento, esta vez con caracteres universales un género de jó- venes a quienes se les dio el

nombre de *hippies*, más difíciles de definir y que en su capri- chosa conducta cortaban a ve- ces las sanciones de la ley, es- pecialmente por cierta tenden- cia al nudismo y ciertas prácti- cas abreviadas de las ceremon- nias matrimoniales. Decían al- gunos que no eran afectos al ba- ño y alguien creyó ver en su ca- bellera algo que tenía el aspec- to de liendres las exageraciones de los hippies les concitaron la animadversión general, aunque el gremio se extendió hasta a la puritana Rusia comunista. In- dudablemente ha habido una re- gresión hacia prácticas y cos- tumbres más moderadas. Pero el movimiento ha dejado como saldo, según la expresión soco- rrida de los periodistas de los barbudos y melenudos. Las bar- bas y las patillas en sí mismas son un recrudescimiento de cos- tumbres que prevalecieron en épocas pasadas. Luego la cos- tumbre de afeitarse el rostro ha llegado hasta Francia y Ru- sia, país este último donde los *figaros* vivían en la indigencia por falta de clientela.

Los jóvenes creen a pie juntil- llas que dejándose el pelo largo más abajo de la nuca están ha- ciendo pleno uso de la más irres- trieta libertad. Es una forma de racionalizar su extravagancia, que hace recordar el experimen- to que hizo en Costa Rica el hip- notista catalán que usaba el nombre de guerra de Onofroff. En una función del Teatro Na- cional ordenó a un sujeto bajo sugestión hipnótica que al día siguiente a las nueve de la ma- ñana debía ir a la estación del Atlántico. Muchos de los espec- tadores de la función tomaron puestos estratégicos en los poyos del parque nacional para ver al hipnotizado pasar hacia la esta- ción. Este explicó a algunos co- nócidos que iba a esperar a cier- to amigo que venía de Cartagá esa mañana. Por supuesto el li- bre albedrío del sujeto era tan solo una ilusión. En el fondo no hacía más que cumplir las órde- nes del hipnotizador. Algo por el estilo ocurre con los jóve- nes que creyendo hacer uso de su absoluta libertad, obedecen los dictados de la moda que es- peramos sea pasajera y se cor- ten de nuevo el pelo normalmen- te, evitando así toda sospecha de ambigüedad en el género gra- matical.